

## CAPÍTULO CUARTO

### EL 48

#### I. PARAGUAS REGIO

Luis Felipe de Orleáns, hijo del popular regicida, encabezó un Estado híbrido en cuyo entramado brilló intensamente Guizot. La economía francesa era más agrícola que industrial, y más textil que metalúrgica. La falta del aprovechamiento bancario del ahorro (que era cuantioso) para el fomento económico, habría pronto de ser subsanada por Laffitte y Rotschild. En aquellos días, Francia se hizo de una extensa red de “ponte et chaussées” que la comunicaron enteramente. También contrajo tanto una futura dolencia: Argelia, como una virtud: la universalidad de la educación laica, obra principalísima de Guizot. Después de transcurrida casi una década de aquellas “Tres Gloriosas Jornadas” que, en 1830, lo llevaron al trono, Luis Felipe Primero, rey de los franceses, dueño de una inmensa fortuna y favorito de la victoria política, mostraba signos de agotamiento vital. La crisis agrícola de 1846, la mortífera “enfermedad de la patata” y la duplicación del precio del pan eran más que negros nubarrones de tormenta: eran la tormenta misma, que estalló violentísima con el relámpago del 22 de febrero en la masacre del Boulevard des Capucines, perpetrada por Cavaignac. El saldo: mil soldados muertos y diez mil ciudadanos masacrados, además de los cinco mil deportados a Argelia. Fueron esos días, al decir de Lamennais, “las saturnales de la nación”. El rey no quiso mover ni un dedo para salvarse y huyó al extranjero, no sin antes pretender imponer, sin éxito, a su hijo. El 24 de febrero de 1848, quedó proclamada, en el Hôtel de Ville de París, la República, esa “República Social”, tan temida.

Rápidamente, los revolucionarios republicanos, los socialistas y los liberales radicales, se propusieron consolidar su Revolución con la reivindicación, plena y ferviente, de las libertades: la de prensa, en primer lugar, para propulsar el debate político; la de reunión, a fin de asegurar a

los clubes políticos su sitio en la nueva ordenación: la liberación de los esclavos coloniales, para quienes había pasado de noche la Grande de 1789; la abolición de los castigos corporales y de la prisión por deudas, restos feudales incompatibles con los nuevos valores sociales.

Sin embargo, de todas esas medidas, las que causaron gran escozor entre la antigua élite y en las filas conservadoras, fueron la del *sufragio universal* para los varones, a partir de los 21 años y *el derecho al trabajo* materializado en los tristemente célebres “Talleres Nacionales”, pues al pretender combatir el grave desempleo con ellos, lo que finalmente se consiguió fue una suerte de *contratación indenunciable*, que sujetaba férreamente a los obreros, haciendo nugatoria la libertad de trabajo. El error mayúsculo estuvo en otra parte, al preparar la indebida presidencia del sobrino golpista, Luis Napoleón, quien en 1852, y del 1o. al 2 de diciembre, se haría de las riendas del Estado, farsa ridícula si se le compara con la trágica jornada del 18 Brumario del gran guerrero. Lo que no fue risible fue la deportación inmediata de diez mil ciudadanos a la Guyana, la encarcelación de otros dos mil quinientos y el exilio de más de millar y medio de franceses. Quienes se quedaron en la tierra patria plebiscitaron el golpe con siete millones de votos. Sólo se opusieron a él seiscientos cincuenta mil y hubo el silencio abstencionista de un millón y medio, rebaño de necios.<sup>205</sup>

La Revolución de 1848, vigorizada por los estudiantes, es un caso más de las revoluciones europeas del XIX, guerras civiles todas ellas. Dicha centuria se ha dicho “es un siglo de esperanzas malogradas, de levantamiento fracasados y de revoluciones fallidas” vorágine que arroja de Europa (entre 1840 y 1940) a sesenta millones de personas.

“Nuestro siglo XIX no es sólo un cementerio de grandes esperanzas frustradas concebidas por los pueblos, las comunidades y las épocas sino que es, además, un campo de batalla en el que, en duras luchas interiores y silenciosas, del más puro estilo, sucumben muchos pioneros del futuro...”<sup>206</sup> Lo más relevante a la hora de adentrarse en ese objeto histórico es advertir que se compone de progresos y regresiones: romanticismo y contrarrevolución; revolución y reacción; progreso y regre-

<sup>205</sup> Véase Goubert, Pierre, *Historia de Francia*, Barcelona, 1987, pp. 245-259.

<sup>206</sup> Véase Heer, Friedrich, *Europa, Mutter der Revolutionen*, Stuttgart, 1964, trad. de Manuel Troyano, Madrid, 1980 (obra imprescindible para el conocimiento de las relaciones de la cultura y la política de aquel entonces).

sión; modernidad y barbarie, influyendo distintamente en la lectura del sentido y alcance de derechos y libertades. Toda guerra civil, se sabe, conlleva una fuerza explosiva impredecible e incontrolable y la que culmina, provisionalmente, en 1848 no fue la excepción y el siglo todavía habrá de ver la proclamación de la Comuna de París, que fue el punto más alto de inflexión del conflicto social irresoluto desde 1789.

Cuando la Garde Nationale negó su apoyo a Guizot el 23 de febrero de 1848, a fin de impedir aquel latoso “banquete político”, causa de tantas escaramuzas entre los revoltosos y la autoridad, la suerte estaba echada y la caída era inevitable, pues el asunto electoral conflictivo afectaba también a aquella. Luis Felipe le solicitó a Guizot la dimisión, invitando a Molé a construir un nuevo ministerio.

En un instante, con los disparos de los soldados en Boulevard des Capucines, se incendiaron los barrios tradicionalmente revolucionarios: el de San Antonio, el de San Martín y, por supuesto, el Latino. Molé renunciaba a su intento de formar gobierno.

Thiers, ambicioso, entra al quite, no sin condiciones: reforma electoral, reforma parlamentaria y disolución de la cámara. Al día siguiente, el 24, las calles de París amanecieron trufadas de barricadas y “les arrondissement” insurgidos. Las concesiones habían llegado demasiado tarde y las Tullerías no alcanzaban a comprender la gravedad de la situación. La idea de la abdicación iba tomando cuerpo, entre confusiones y contradicciones, de uno y otro lado. El envejecido monarca, atónito ante la sublevación popular, declaró, exhausto, renunciar a la corona “que la voix nationale m’avait appelé à porter...”. Después, llegó hasta Inglaterra para no regresar jamás.

El partido republicano triunfante propuso un programa, todavía moderado, demandando una amnistía general y la abolición del censo electoral. Luis Blanc expresó las exigencias socialistas de incorporar al pueblo a la Guardia Nacional y de no emplear la tropa para reprimir los desórdenes. La decisión final del antagonismo se adoptó en la Cámara de Diputados, pendiente de la Duquesa de Orleáns en su efímero papel de regente del reino. Un torneo de oratoria se entabló entonces hasta que el salón de sesiones fue invadido por los insurgentes al grito de *¡Pas de régence, pas de ministere: la Republique, la Republique!* Tocqueville vivió, minuto a minuto, aquellos días fundacionales. Su testimonio, es imprescindible para mejor conocimiento de lo que se jugó entonces en el campo político y en el discurso jurídico de los derechos y libertades públicas.

La consigna del jefe republicano Ledru-Rollin guió la acción política del día: “Je demande un gouvernement provisoire, non pas nommé par la Chambre mais par le peuple, un gouvernement provisoire et *un appel immédiat à une convention qui régularisera les droits de peuple*”.<sup>207</sup> Lamartine, a quien se juzgaba incondicionalmente adicto a la Duquesa de Orleans, optó en la tribuna por defender la moción por un *gobierno* provisional, “a fin de detener la efusión de sangre, reconciliar a los franceses e impedir la guerra civil, con autoridad suficiente para ser mediador entre el pueblo y el poder y capaz de consultar inmediatamente al país, a fin de que él mismo elija su régimen”.<sup>208</sup> Una nueva oleada popular acabó por colmar el Salón de Sesiones, dando apenas tiempo a la Duquesa de Orleans para huir por una puertecilla trasera, mientras Lamartine leía la lista de los candidatos a ocupar los sillones ministeriales: Dupont de L’Eure, d’Arago, Lamartine, Ledru-Rollin, Garnier-Pagés, Cremieux, trasladándose todos ellos al Hôtel de Ville, “seul endroit où un gouvernement, depuis 1830, pouvait recevoir une ratification populaire”. La cólera, soterrada durante años, afloró impetuosa; el pueblo saqueó las Tullerías y Caussidière se apoderó de la Prefectura de Policía al frente de un “ejército personal” de antiguos prisioneros y obreros desempleados, ofreciendo liberar a los presos políticos y mantener a buen recaudo a los sentenciados por crímenes y delitos contra las personas y las propiedades, lo que dio un respiro de alivio a los burgueses medrosos ante el desbordamiento popular, no ignorando que Caussidière recomendara a los alzados “no deponer las armas, ni sus posiciones, ni su actitud revolucionaria”. Garnier-Pagès, en el Hôtel de Ville, restauró la alcaldía de París, desaparecida en 1789, introduciendo así a un nuevo contendiente en la escena política.

Del lado izquierdo salieron triunfantes Louis Blanc, Marrast y el obrero mecánico Albert, quienes entraron al gobierno para intentar mitigar en algo la presión y las exigencias radicales. Por fin llegó la proclamación, hacia la medianoche del 24 de febrero: *Le gouvernement provisoire veut la République sauf ratification par le peuple qui sera immédiatement consulté*. Como en 1792 —afirma Tullard— *y por la sola voluntad del pueblo de País*, Francia entera ingresaba a la República.

<sup>207</sup> En Tullard, Jean, *Les révolutions*, París, 1985, p. 463.

<sup>208</sup> *Idem*.

Vale la pena, antes de analizar la crónica de Tocqueville en sus *Souvenirs de la Révolution de 1848* detenerse brevemente en Alphonse de Lamartine, quien venía de hacer su aparición como progenitor de la República a la que lo ligaba su famosa *Histoire des girondines* (1847), historia embellecida por su romántica pluma.

En realidad, a todos los contendientes de aquellos días les era necesario recuperar la Gran Revolución, la Revolución Arquetípica, la Copernicana Revolución de 1789 y la obra de Lamartine no fue la excepción. Blanc, Michelet, Thiers, Mignet, Buchez y Roux, Laponneraye y una larga lista confirman esa necesidad de asimilación del pasado colectivo. Aquellos historiógrafos acuñaron buena parte de los clichés que lastran el análisis histórico actual pero también, a causa de su empeño, es que la Revolución como ninguna otra, ni siquiera la leninista, está presente y viva en la imaginación colectiva.

Lamartine y sus “girondinos” contribuyeron en ambos sentidos tanto a la canonización de algunos, la condenación eterna de otros como al orgullo francés por el enorme mérito de aquella magnífica audacia de éxito innegable al hacer de la burguesía el actor principal de la historia toda, salvo las antípodas de la excepción marxista.

Al poner en boca de Mme. Roland el famoso reproche “Libertad, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!” Lamartine ofreció la clave principal de su trabajo: libertad sí, pero nadie tan libre como para transmutar en desorden caótico y arbitrario el orden esencial de lo humano, que ha de ser capaz de enaltecer al mismo tiempo el sentimiento y la razón en busca de destino vital para cada uno, sin constreñimientos empobrecedores.

Para los liberales burgueses, la ley y el orden; para los socialistas, la libertad y la justicia; para todos, un acuerdo permanente de construir una sociedad más limpia. Se ven las inmensas dificultades de una empresa así de ambiciosa.

Blanc había adelantado su contribución con el opúsculo sobre la *Organización del trabajo*, proponiendo “talleres sociales”, es decir, cooperativas de producción, partiendo de capitales otorgados por el Estado. Las cooperativas rembolsarían los beneficios obtenidos por ellas a una Caja Central, que tendría a su cargo la gestión de los seguros sociales. La corriente impetuosa de las reivindicaciones de los derechos proletarios iba abriéndose paso entre la dureza pétreo del Estado burgués, sin faltar a la

lealtad que le debía a éste, aun cuando fuera forzado por la necesidad del momento. Así, “controlando las industrias clave, el Estado surgido del sufragio universal, aseguraría la regulación general de la economía en beneficio del espíritu de fraternidad”.<sup>209</sup> Para Blanc, la Revolución fue el gran teatro del enfrentamiento del individualismo y la fraternidad: Voltaire y Turgot de un lado, y Rousseau y Mably en el opuesto.

La Revolución permitió y propició el triunfo de uno de los bandos, el de la libertad burguesa, gracias ante todo a la acción de los girondinos. Para Michelet no es lícito —como lo hicieron los historiadores projacobinos— ni apegado a la verdad de los hechos hacer del terror el punto cimero de la Revolución: la auténtica y más alta ejecutoria de ella fue popular y anónima y, al buscar la fraternidad, sabía que ésta era impracticable sin la libertad. Las tentativas de los contemporáneos de Michelet por conciliar la Revolución con la Iglesia Católica también las juzgaba quiméricas desde el momento en que la primera se invistió del carácter sagrado de la segunda para convertirse, ella misma, en una nueva y potente iglesia intolerante por la obra y el ejemplo de Robespierre y Saint-Just. Michelet, además, quiso mostrar que “un des faits majeures de la Révolution est l’affranchissement du paysan propriétaire, le mariage de la terre et l’homme”.<sup>210</sup>

Lo de Lamartine iba por otro rumbo y, en ese prolífico año de 1847, su *Historia de los girondinos* hizo furor no sólo por el estilo cuidadísimo, que la enaltece y la hace muy disfrutable, sino ante todo por constituir su lectura una invitación y una propuesta de revaloración, invitación a repensar y reescribir la historia revolucionaria pero mirándola con los ojos bien abiertos, a fin de descubrir el último sentido libertador que ella conlleva, revalorando, en esta clave tanto sus aciertos como sus crímenes. La voz romántica de Lamartine se encargaría de hacerla elocuentemente convincente para las nuevas generaciones. Valdría, no la pena, que no la hay en lo absoluto, apartar para la lectura de sus *girondinos* algunas horas de hoy. Serán gratisimas. Sus retratos históricos, los perfiles protagónicos de la epopeya, son inolvidables. No hay por qué soslayar, ni Lamartine lo reclama, que aquí resalte un “poeta historiador”. Queriendo ser recordado por sus *Meditations* que ya nadie lee, permanece vigente

<sup>209</sup> Winock, Michel, *Les voix de la liberté. Les écrivains engagés au XIXe siècle*, París, 2001, p. 288.

<sup>210</sup> Winock, *op. cit.*, p. 291.

por sus *Histoires*, la de los girondinos principalmente, y por la enorme novela de la Restauración borbónica que urdió frente al lago de Ginebra, entre la espesura donde se conserva la banca de roble desde la que miraba el pasado, fluente como el Ródano incesante que nace ahí, desbordándose del Lemán. El lago siempre cambiante, metáfora del tiempo y sus afanes; la montaña, majestuosamente inaccesible, cual alto e incompartido secreto. A veces, una imprevista tormenta oscurecía el cielo cruzado por el latigazo de los relámpagos. Entonces, el majestuoso horizonte sereno se transformaba en algo temible y Lamartine creía ver, entre las ráfagas feroces y los chispazos atronadores de la tempestad inclemente, las fauces de una criatura inconcebible en la cordillera, agudos colmillos y rotundos molares, titanes fulminados al principio de todos los tiempos, pulidos y perfilados por soles y vientos eternos, empeñados en una obra inhumana, monstruosa.

Nacido en 1790 en Macon, descendiente de la *petite noblesse* y alumno de los Padres de la Fe en Bely, la consagración literaria la debió Lamartine a sus *Méditations poétiques* (1820), con las que obtiene un éxito clamoroso, pues inaugura la mirada romántica del paisaje y el sentimiento exaltado ante una naturaleza intacta, ajena al mundanal ruido, marchando en los florecidos senderos de la nueva sabiduría de Rousseau.

Lamartine se compromete políticamente con Carlos X, grave error de cálculo que sólo le redituó la ínfima sinecura de una secretaría en la embajada de Francia ante el reino de Toscana, en Florencia, pobre pago a su laudatorio *Chant du sacre*, cuando la unción regia del fanático fue en 1825. A su retorno a Francia, Lamartine se trasmuta, a los cuarenta años, en Le Cavalier de Saint-Point,<sup>211</sup> su dominio hereditario, se inviste y se refugia como conspicuo miembro de la Academia, gozando del apoyo del poderoso jefe de los doctrinarios, Royer-Collard. Ultramonárquico como pocos lo fueran, estuvo amistado con quienes en el terreno político eran sus antagonistas y esas “*laissons dangereuses*” llevaron en ocasiones a dudar de la profundidad de su fe realista. Al ascenso de Luis Felipe, quien le era sumamente antipático, renuncia a la diplomacia, irritado por la voltereta que le había dado el destino. En una carta consignada por Winock,<sup>212</sup> confiesa a Virieu que los grandes principios de la Revolución de 1789 “son verdaderos, bellos y buenos: la ejecución del rey y de Ma-

<sup>211</sup> *Ibidem*, p. 292.

<sup>212</sup> Véase Poupon, Pierre, *Le cavalier de Saint-Point*, París, Précý-Sous-Thil, 2003.

rie-Antoinette, en cambio, fue inicua, infame, atroz y repugnante”. Entre tanto, fracasa en su intento por ser elegido a la Chambre y este tropiezo le lleva a la redacción del opúsculo *Sur la politique rationnelle* (1831), en el que proclama una política “de la moral, de la razón y de la virtud, con Dios como punto de partida y, como fin último, el bien general para la humanidad como objeto; la moral por bandera, la conciencia como juez, la razón por guía y por camino la libertad”.

Con dicha profesión de fe, más religiosa que política, Lamartine se aproximó a las tesis, de *L’Avenir*, el poderoso periódico de Lamennais, condenado torpemente por Roma y arrojado, sin caridad ni razón alguna, a las tinieblas exteriores, entre las que se debatió angustiado, perdiendo la fe en sus últimos y trágicos años. Lamartine, por contra, no tenía, ni necesitaba tener, “madera de mártir”. Desde su posición social podía hacerse oír en voy muy alta, pues sus créditos literarios le otorgaban, en el siglo de “consagración de los escritores” (Benichou) autoridad poética gracias a su literatura. Así, no se detuvo en preconizar, al igual que el abate apóstata, la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de prensa, la enseñanza libre de confesionalismo, el sufragio universal (aunque ponderado). Pero no quiso seguir a Lamennais en la cuestión polaca, que tanto escándalo levantó en sus días. Su primera preocupación entonces era la paz europea; Varsovia podía ser el detonante de un nuevo conflicto y era preferible no alborotar al avispero. Volteando hacia otro lado, ignoró las atrocidades que, con la anuencia del Estado pontificio, fueron perpetrados contra miles de católicos, plegándose a los intereses del zar, con la complicidad de Europa entera.

Tampoco quiso saber nada de una federación, ni siquiera del “principio federativo”, que más tarde propondría Proudhon. La fuerza de Francia estaba en su unidad, no en la *atomización* de una federación provincial, débil, cojitranca, descoyuntada y vacilante y que solamente dislocaría “la unidad nacional”, fractura que no era sino un propósito demencial y desesperado de algunos exaltados. Pero *La política racional* permaneció intonsa y este fracaso le empujó a un exótico “viaje al oriente”. Vendió lo poco que aún tenía, alquiló un *brick* de 250 toneladas y se echó a navegar el Mediterráneo, con esposa e hija a bordo, amén de invitados y acompañantes, todos en estilo byroniano. El final del “tour” fue ensombrecido por la muerte inesperada de la niña de once años, su única hija, amargo desenlace para quienes ya habían sufrido la desaparición del primogénito. Y de repente, le apareció en el bolsillo una diputación, la de Bergues



y volvió de nuevo la política a cambiarle la vida. Entró a la Chambre en diciembre de 1833, sosteniendo que no se sentaría “ni a la derecha ni a la izquierda, sino en el plafón (y de ser posible hasta en el Olimpo)”, pues ni le gustaba el gobierno de la Monarquía de Julio, como tampoco le complacía el Partido Legitimista, cuyo Estado no era sino el de un permanente y estéril mal humor; ni la oposición ultraliberal lo convencía, por razones más que evidentes, ni menos aun el partido del silencio, tan contrario a su natural elocuencia. “Je étais condamné à former, à peu près seul, un germe de parti sans valeur actuelle et par cela même, impuissant et presque méprisable”.<sup>213</sup>

Se le ocurrió fundar el llamado Partido Social (que no “socialista”). La propiedad le merecía un sagrado respeto y de lo que se trataba con el “partido social” era demandar la intervención del Estado para “*impedir a la riqueza ser opresiva y a la miseria ser envidiosa y, peor, revolucionaria*”.

Propietarios groseramente opulentos pero filantrópicos al menos, paliando así el liberalismo a la Smith. Vivía Lamartine en París en la Rue de la Université, en donde todos podían visitarle y recibir consejos y reconfortaciones. A pesar de sus primeros y vacilantes pasos consiguió ser reelecto en 1834 y 1837; entonces, del balbuceante orador emergió un tribuno formidable de privilegiada voz, emitida desde una eminente estatura, cosas muy impresionantes las dos, aunadas a “la fuerza de su actitud y a la nobleza de su mirada” como decía Mme. Girandin. Combatió a Thiers y su proyecto de fortificación de París y vio lo que pocos: el levantamiento futuro de doscientos o trescientos mil proletarios, la Comuna que pronto vendría.

Combatió también la esclavitud, la pena de muerte y el inmovilismo de los poderes públicos: “*La France s’ennuie*” y los pueblos que se aburren, que se fastidian de una vida pública en atonía, devienen rápidamente convulsos y son sepultados ente ruinas, advertía amarga e inútilmente el diputado-poeta, quien lamentaba la repatriación de las cenizas del Gran Corso y condenaba el renacimiento del ánimo belicoso en el corazón de los franceses, consiguiendo la caída de Thiers. Fue entonces que Luis Felipe acabó de asumir que el escritor podía llegar a ser un temible adversario político. Con Guizot al frente del gobierno, Lamartine marcó su distancia, rehusando el portafolio ministerial que le era ofrecido, “re-

<sup>213</sup> Véase Winock, *op. cit.*, pp. 286-299, a quien aquí seguimos en lo esencial.

servándose para ser útil en las siguientes emergencias”, como decía para explicar la razón de aquel rechazo.

Un año más tarde, sin embargo, aceptó presentarse a contender por la presidencia de la Chambre, buscando preservarse frente a todo tipo de compromiso político, pero perdió la partida.

Reaccionó bravamente ante la derrota:

Se diría que el talento de los políticos no consiste sino en una sola cosa: colocarse sobre la situación que la casualidad o la revolución les ha ofrecido para mantenerse inmóviles, inertes e implacables rehusando toda mejoría. Para ello no se requeriría de hombres de Estado, bastaría con una barda, con un muro, con un mojón.

En su nuevo papel de opositor de izquierdas, condena los “viles intereses materiales” y el acaparamiento económico que animaban y llevaban a cabo las compañías concesionarias del ferrocarril. Sus discursos y artículos se comentan por doquier, tanto que cree necesario hacerse de un periódico propagandista de sus ideas, *Le Bien Public*, que lo tiene a él como director único. Acaba rompiendo definitivamente con Guizot, mientras concluye su gran poema de ocho mil versos, *Jocelyn*, del que se venden 25,000 ejemplares en el primer mes. Pero vendría un revés con otra larga parrafada en verso, *La Chute d'un ange*, plúmbea y fracasada. Decide no publicar más versos en momentos en que su situación económica se torna angustiada, endeudado por la enorme cantidad de un millón doscientos mil francos, suma que disminuyó sustancialmente gracias al éxito de su *Histoire des girondins* (1847). Con todo y las inexactitudes, propias de quien no era historiador, ésta fue un éxito de ventas que dejaba muy atrás las obras, enjundiosas y rigurosas, de Michelet y Blanc, ellos sí, historiadores de veras, pero desprovistos de la suntuosa elocuencia de Lamartine sobre “el mayor drama de los tiempos modernos, colmado de sangre y lágrimas, pero también de lecciones para los pueblos” y en el que Robespierre es revalorado o, cuando menos, analizado con cierta objetividad, en vez del apasionamiento habitual, lo que le mereció el aplauso del Víctor Hugo, que es decir como de la inmortalidad literaria.

Paul Morand, en su *Journal Inutile* sostuvo que prefería la vida de Lamartine a su poesía. Efectivamente, los años del borgoñón estuvieron plenos de fuerza y energía, trabajos e inspiraciones, cualidades ausentes en sus románticos y remotos versos, hoy mera curiosidad erudita y un

buen pretexto para el análisis del lenguaje con reticencias morales y alardes retóricos desusados. Su peripecia vital fue mucho más conmovedora y la parábola de su trayecto se tiende entre una juventud fatua y gozosa, cuasidivina y su abandonado ocaso, dejado de lado hasta por quienes apenas ayer le rodeaban halagüeños y obsequiosos. Rescatamos, de su fugaz aparición el testimonio de Víctor Hugo, tomado de la monografía de Poupon.<sup>214</sup>

Desde la abdicación de Luis Felipe el 24 de febrero de 1848 el pueblo invadió la Cámara de los Diputados con la finalidad de exigir la proclamación de la República. Lamartine formaba parte del gobierno provisional y en tal calidad debía acudir al Ayuntamiento de París. La plaza del Hôtel de Ville estaba colmada de obreros, llegados ahí para constreñir al gobierno admitir sus reivindicaciones. Lamartine encaró solo a la multitud. Su prestancia, su talento oratorio y su voz bien timbrada se impusieron a la horda furiosa, enfrentándola con sangre fría. Rehusó especialmente acceder a la demanda de sustituir el pabellón tricolor por la bandera roja. Durante su estancia en el Hôtel de Ville recibió a su amigo Víctor Hugo quien, desafiando la marea vociferante, llegaba para alentarle y felicitarle por su firme actitud. En sus *Choses vues*, Hugo cuenta esta visita y describe el entorno de Lamartine en aquel terreno minado. Asiste entonces a uno de sus famosos “déjeuneurs” de bocadillos. Lamartine partía el pan, tomaba las costillas por el hueso y rompía nueces con los dientes, mientras se echaba al colete dos vasos de vino. Al terminar, arrojaba los huesos a la chimenea. Thiers, quien no se guardaba lo que pensaba, al evocar los febriles días de 1848, decía: “Yo le perdono todo a Lamartine; fue grande durante aquellas jornadas e hizo honor a la naturaleza poética”. Bello cumplido. ¿Cómo hubiera actuado Lamartine si hubiera sido electo presidente de la República? ¿Habría seguido alimentándose sólo de bocadillos y ensoñaciones poéticas?

Louis Blanc, quien también formó parte del gobierno provisional en 1848, describía a su colega como “un hombre que exteriormente pertenece por entero a la aristocracia, por la finura de sus rasgos, su fácil dignidad, cierta magnificencia de gran señor y una elegancia sin esfuerzos compuesta de minucias exquisitas”. Era un “grand homme” hasta por su estatura, que conocemos exactamente gracias a su cartilla militar: un metro y ochenta y dos centímetros, altura considerable para la época.

<sup>214</sup> Poupon, Pierre, *op. cit.*, pp. 87 y ss.

Su testamento político cierra sentencioso este epígrafe:

He ahí a la política tal como la entendemos usted, yo, tantos otros y casi toda la juventud, nacida entre tempestades, crecida entre luchas y que parece tener el instinto de las grandes cosas que deben, gradual y religiosamente, consumarse.

¿Cree usted que en semejante época y ante tales problemas habría honor y virtud en apartarse, acabando en una pequeña pandilla de escépticos y decir como Montaigne: “¿Qué sé yo?”, o como el egoísta “Y a mí ¿qué me importa?”. No. Cuando el divino juez nos haga parecer ante nuestra conciencia al final de la corta jornada de aquí abajo, nuestra modestia, nuestra debilidad no serán ninguna excusa para la inactividad. Podríamos responderle que, no siendo nada, nada podíamos hacer, pues no fuimos sino un grano de arena. Él nos dirá: puse delante de vosotros, en los platillos de una balanza donde se pesan los destinos de la humanidad en uno, el bien en el otro, el mal. No seréis más que un grano de arena, sin duda, pero ¿quién os dice que ese grano de arena no hubiera podido inclinar la balanza de mi lado? Tenéis inteligencia para ver, conciencia para elegir y colocar aquel grano de arena en uno y otro de los lados, pero no lo habéis hecho en ninguno; que se lo lleve el viento ya que no le ha servido ni a vos ni a vuestros hermanos...

No seré yo querido amigo quien al morir se vea profiriendo aquella triste respuesta del egoísta...

Todo impecable, excepto su mala lectura, la interpretación errónea del ¿que *sais-je?* de Montaigne, más socrático que escéptico, más epistemológico que psicológico. Fue Montaigne, sin embargo, el más severo preceptor que Lamartine jamás tuvo. Defensor acérrimo del pabellón tricolor y de la República así simbolizada concluyó Lamartine su personal experiencia descubriendo que “la postérité n’est pas l’égout de nos passions; elle est l’urne de nous souvenirs, elle ne doit conserver qui des parfums”, como los del mejor borgoña o los del mejor “*essai*”, venido de la torre erudita de Burdeos.

Lamartine, afirma Saint-Béuve,<sup>215</sup> podría haber hecho suya la frase de Rousseau acerca de sus personajes: cuando al ginebrino le preguntaban si había querido pintarse en su Saint-Preux respondía él: “No, no es lo que he sido, sino lo que yo habría querido ser”.

<sup>215</sup> Sainte-Béuve, Ch., *Grandes escritores*, trad. de D. N. Estevanez, Buenos Aires, 1944, p. 345.

Sainte Bévúe guardó un tiempo su disgusto por la obra del autor de *Rafael*, para luego sentenciar inapelable: “No consiste la poesía en decirlo todo, sino en hacer soñar en todo”. La exuberancia lamartiniana le resultaba vulgar, facilona y ridícula, como suele ocurrir con la inmoderaciones de plumas románticas, que también enojaban a Joubert, para quien el amigo de Rousseau, Bernardino de Saint-Pierre, había cargado las tintas en sus descripciones de tal modo que “cuando se le ha leído largo tiempo, queda uno complacido viendo que los arboles y la verdura tienen en los campos menos color que en sus escritos”.

Lamartine, finalmente, quiso ser un gran señor rural, dueño de viñedos, vacunos y equinos (sobre todo de equinos); de mansiones y bosques y obtuvo poco de todo esto. Quizá no aspiró a ser un gran personaje político, aunque tal vez lo deseó secretamente, pues su elegante narcisismo fue siempre inocultable. Autor de éxito, sus “girondinos” le aseguraron un eminente sitio en el Parnaso y su tribuna en la galería de próceres de 1848, habiendo llegado a ella desde un mundo exclusivista y con la cabeza colmada de una exaltación poética irrefrenable, como lo fueron también aquellas jornadas revolucionarias, el más alto momento de su aventura política, que le salvaron del engaño de quienes literalmente lo querían infalible y casi incorpóreo, tan espiritualizado que ninguna material preocupación mundana alterara su delgadísima humanidad. A la proclamación de la República se llegó por varios caminos, algunos impertinentes y a Lamartine no le fue difícil admitir entonces, él, un viticultor arruinado, que en la viña del Señor (y en la revolucionaria) habría siempre de todo. Una vez asumido el costo, su felicidad republicana ya no tuvo límite.

## II. UN PAISAJE REVOLUCIONADO

El marxista lugar común, rigurosamente exacto, de que la crisis política de 1848 resultó de la crisis económica de 1845 a 1847 obliga a repasar, aún someramente, los datos económicos centrales:

En 1845, *la phytophthora* comienza a atacar la papa y las tormentas afectan la cosecha de cereales. La de 1846 se perderá... Como los gobiernos de los tradicionales proveedores de Reino Unido prohíben la exportación de cereales, el precio sube (65 chelines en febrero contra 105 en mayo de 1847). A partir de

julio, la afluencia de trigo ruso y norteamericano y, finalmente, la promesa de ricas cosechas, contribuyen a invertir la tendencia... En mayo de 1847, el kilo de pan cuesta 70 centavos en París y 55 en Lille o sea el doble del precio estimado como soportable por las masas. En Bélgica, varias centenas de miles de flamands, en condiciones de vida habitualmente difíciles, sufren una hambruna de tipo irlandés. Debido a la subalimentación, “la enfermedad de Flandes” o fiebre de hambre y el tifus también, en 1847 produce 1,600 víctimas tan sólo en Silesia... En el momento en que culmina la crisis agrícola, una crisis económica, anunciada [como demostró Marx] en el curso del otoño de 1845 por la derrota masiva de los especuladores en acciones ferroviarias, contenida durante el verano de 1846 por la supresión inminente de los derechos de aduana sobre el trigo, fue finalmente desencadenada en el otoño de 1847 por las bancarrotas de los grandes comisionistas coloniales en Londres. Las repercusiones de la crisis no habían cesado en el continente cuando estallaba la Revolución de Febrero... La especulación había hecho grandes anticipos sobre los beneficios de las compañías ferroviarias en Francia y en Alemania; la “fiebre ferroviaria” había suscitado inversiones excesivas en la metalurgia y la exportación de numerario en contrapartida a las grandes importaciones de cereales había contribuido a la penuria de dinero líquido. La disminución del “encaje oro” obliga al Banco de Inglaterra y al de Francia a elevar la tasa de descuento. El alza de la tasa de interés es general. Las dificultades de los bancos alcanzan a las empresas que ellos sostienen. La banca Rothschild de Fráncfort es considerada sospechosa de una conjura para destruir la industria alemana, organizando la bancarrota de los comanditarios... El marasmo de la industria y el comercio durante 1847 es, en gran medida, una consecuencia de la crisis agrícola. El alza de precios de los artículos alimentarios, lejos de beneficiar al inmenso ejército de asalariados agrícolas, que no tienen nada que vender, restringió aún más su poder adquisitivo y más aún el de los trabajadores de minas, de fábricas y de talleres... En el segundo semestre de 1847, el sector metalúrgico es alcanzado por primera vez en Francia por la recesión. La industria textil es, sin embargo, la más vulnerable: los tejedores rurales sobreviven solamente aceptando salarios de hambre... Bélgica ofrece el sorprendente ejemplo de dificultades obreras en una economía a la vez en expansión que en retroceso. En su mayoría, los campesinos flamencos, semicampesinos, semiobreros, no están en condiciones de comprar los alimentos que habitualmente producen en sus exiguos campos... ¿En qué medida las crisis alimentaria de 1845-46 y económica de 1847 prepararon los grandes cambios de marzo de 1848?<sup>216</sup>

<sup>216</sup> Sigmann, Jean, 1848. *Las revoluciones románticas y democráticas de Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1977, pp. 156-158.

Sigmann aborda las principales consecuencias que, en aquel entonces, tuvo la economía para la revolución liberal de 1848 en Francia. La distribución de subsistencias dispusieron los ánimos para la rebelión. A pesar de una dura represión, las panaderías de las ciudades son tomadas por asalto y el orden no será restablecido sino por el retorno de buenas cosechas. En la primavera de 1847, los motines de Escocia, del sudoeste de Inglaterra, de Bruselas, Berlín, Ulm, Viena, Génova, la Rumania, la Lombardía, la Toscana tuvieron también un origen estrictamente económico. Los agitadores revolucionarios de Baden fijaron osadamente el 12 de abril de 1847 como el inicio de la revolución, cuyo objetivo final era la instauración de un *freistaat* según el modelo de Estados Unidos, teniendo como objetivos inmediatos la destrucción de la nobleza, la expulsión de los judíos y la muerte de los agentes del fisco y de los señores. En Galitzia ocurre la masacre de doscientos grandes propietarios polacos mientras la guerra civil arrecia en Irlanda y el estúpido Richard Cobden, al instaurar el libre cambio, arruina definitivamente a los pequeños arrendatarios, sin aportar ninguna mejora. La acción de las masas, espontánea y libre, provocará la admiración de Marx.

Tories proteccionistas se dan a la tarea de dotar a Inglaterra de una avanzada legislación laboral, la más progresista de Europa, limitando, por la Factory Act de 1847, la jornada laboral a diez horas para los jóvenes de 13 a 18 años, extendida la restricción universalmente poco después. Pero el triunfo electoral whig en ese año expresó la satisfacción de la burguesía de negocios librecambista, desconociendo el sufrimiento de los trabajadores. Es el momento en que la Liga de los Justos, de Schapper y Bauer, se vuelve una famosísima Liga de los Comunistas con la adhesión de Marx y Engels, que prepara la revolución social y la redacción de un “Manifiesto”, un tanto desapercibido por el gran público y aparentemente de poca influencia, dado el auge nacionalista frente al internacionalismo comunista. En el continente, el panorama es diferente al inglés y “el número de indigentes, mendigos, ladrones crece, como crecen los ataques contra las máquinas”.<sup>217</sup> La organización obrera permanece embrionaria y la tesis prevalente, rápidamente condenada por Marx, es la de *una revolución surgida de la acción de algunos jefes resueltos*. La opinión pública ve con buenos ojos los intentos de Louis Blanc por “la organización del trabajo y con malos a Marx y a Proudhon, “filósofos nebulosos,

<sup>217</sup> *Ibidem*, p. 162.

orgullosos e irascibles”. Marx lanza su opúsculo *Miseria de la filosofía. Respuesta a la Filosofía de la miseria de Proudhon*, que revela, más que la fundamental y recíproca antipatía entre los dos personajes, su intrínseca incompatibilidad, política y teórica. El pleito no les ganó, que se diga, muchos simpatizantes y sí, en cambio, confirmó que los pensadores y líderes socialistas no conocían sino de discordias y divisionismos incesantes y emasculantes. Sigmann afirma que:

los comunistas de las sociedades secretas parisienses, plagadas sin embargo de provocadores, no creían que la miseria de las clases populares fuera a producir la ocasión —esperada desde quince años atrás— de imponer a Francia una república social. Como en Alemania, la revolución estallará, no por cierto en una economía próspera y un clima social sin nubes, sino en el momento en que, tras el fin de las dificultades alimentarias, la crisis de 1847 parezca haber superado su punto culminante. Surgirá de crisis políticas que, provisionalmente, alinearon en el mismo campo a un puñado de partidarios de profundas transformaciones sociales y una amplia fracción de clases medias, decididamente conservadoras.

El panorama revolucionario fue tan amplio que comprendió hasta la proverbialmente pacífica Suiza con la llamada crisis del *Sonderbund*, que involucró a Michelet y a Quinet, coautores del panfleto *Les jesuites*, denunciando a la reacción clerical internacional y a la Negra Compañía de Metternich. Guizot entregó armas, clandestinamente, a los católicos suizos. La violenta ofensiva del general William Dufour, que en veintitantos días ocupó los cantones católicos, desacreditó a Guizot e impulsó en Suiza el partido de la revolución.<sup>218</sup>

Haleny llegó a afirmar que las revoluciones de 1848 no surgieron de las barricadas parisienses sino de la guerra civil suiza, cuando, en rigor de verdad, el influjo de Berna lo fue en las revueltas alemanas principalísimamente. Los alemanes acogieron entusiastas los éxitos de los republicanos suizos anti austriacos y anticatólicos, y la multiplicación de asociaciones corales, asociaciones de gimnastas y sociedades de tiro simpatizantes de la revolución suiza pusieron sobre alerta a la autoridad alemana.

En Mannheim, Gustar von Shruve “un noble desclasado”, brillante abogado y periodista muy leído, el 12 de septiembre de 1847, ante los

<sup>218</sup> *Ibidem*, pp. 166-168.



doscientos miembros de la Asociación de Amigos de la Constitución propuso poner a votación un conjunto de medidas innovadoras: libertad de prensa, de asociación, supresión del ejército, creación de la Guardia Nacional, elección popular de los funcionarios, “disminución de la desproporción existente entre el capital y el trabajo” y, para todos, bienestar, educación y cultura, enfrentándose así a los *Akademider*, “que encabezaban al liberalismo parlamentario, enfrascados en el tema de la unidad alemana y descuidados de todo lo social, tachado de impreciso y fantástico”.

### III. RISORGIMENTO: EL CLAROSCURO ITALIANO

Fue en Italia donde hubieron de dispararse las alarmas, activadas por el *Risorgimento* y su lucha contra los odiados *tedeschi*, cuando el inoportuno dogma de la infalibilidad *ex-cathedra* del Pontífice polarizaba a medio mundo y dejaba desternillada de risa a la otra mitad.

Daniel Rops, célebre por su católica vida de Jesús (lejos, sin embargo, del genio historiográfico de un Renan) ha dejado un enjundioso ensayo sobre “la grandeza de Pío IX”,<sup>219</sup> vicario al que le cupo la suerte, a veces desgraciada, de habérselas con las revoluciones del 48. Mastai-Ferreti eran los apellidos de Juan María, el nuevo pontífice, sucesor de un Gregorio XVI preocupado ante todo por la pureza doctrinal y, por ende, incapaz de entender lo que percibió Pio Nono: que el mundo, la cristiandad entera, había dado un giro radical en todos los órdenes y era necesario un *aggiornamento* institucional (como Juan XXIII y Paulo VI en su momento lo admitieron), no sin las reticencias reaccionarias de siempre.

Los jefes de la joven Italia y el abate Gioberti hicieron posible que la cuestión de la unificación nacional fuera admitida y discutida en los ambientes católicos. El problema grave era el arcaísmo político-administrativo de los llamados *Estados del Papa*, enfangados entre las arbitrariedades y corruptelas del poder absoluto y el inicuo recurso del apoyo militar que el inefable canciller Metternich dispuso en Lombardía. Un día tendría éste que pagar por sus errores, huyendo de Viena disfrazado de lavandera, para irrisión de todos los regocijados con el derrumbamiento de aquel delicado ídolo de porcelana. Entre tanto, el cónclave de sesenta

<sup>219</sup> Rops, Daniel, *La Iglesia de las revoluciones*, Barcelona, 1962, pp. 369-487.

y dos cardenales, dividido como exige la tradición entre “zelanti” y “politicanti”, fue reunido en el Quirinal, teniendo que optar entre Lambruschini, secretario de Estado apoyado por Metternich<sup>220</sup> y Bernetti, secretario caído en desgracia años antes, llegó a feliz término.

“Como a veces ocurre en las asambleas, prodújose una tercera corriente desde los comienzos del cónclave”. Bernetti se inclinaba por Gizzi, juzgado como excesivamente adelantado a su época. Ensayando la votación decisiva surgió, imprevisto, el nombre de Mastai-Ferretti, electo al término del cuarto escrutinio. El cónclave, brevísimo asombrosamente, no había durado sino cuarenta y ocho horas.

Abriase así un gran pontificado; un pontificado extrañamente contrastado, en el que se vería al papado, al mismo tiempo, experimentar una total derrota en el terreno temporal y alcanzar un prestigio en el ámbito espiritual tan grande que habría que remontarse a la Edad Media para encontrar cosa semejante, pontificado que sería, después del de San Pedro, el más largo en la historia de la Iglesia: treinta y dos años.<sup>221</sup>

Llegaba a la Triple Tiara un joven de cincuenta y cuatro años, que había padecido en su juventud “*le petit mal*”, una suerte de epilepsia que estuvo a punto de costarle la ordenación sacerdotal si no lo hubiera favorecido la bondad de Pío VII.

Mastai hizo carrera, se interiorizó de los vericuetos vaticanos de la administración pero, para llegar a ser reconocido, hubo de refrenar su natural espontaneidad y sus arranques repentinos de generosidad. Mucho le valió la firmeza de voluntad que acompañaba todas sus decisiones, persuadido de adoptarlas siempre con inspiración del Espíritu Santo, lo que las hacía incontenibles, incontrovertibles e inimpugnables. Los acontecimientos del mundo, “del siglo”, tenían que ajustarse a los planes divinos de la economía de la salvación y, por más graves que fueran las luchas en la tierra, no eran —como decía su admirado Loyola— más que el reflejo de la guerra decisiva entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, “la guerra entre las dos banderas”. De ahí su *Sylabus*, ese monumento de la intolerancia, aunque fuera muy explicable su irrupción en el mundo convulso y complejo al que osadamente desafiaba aquella malhadada encíclica, sin que disminuyera la inmensa popularidad de ese Papa Juan

<sup>220</sup> Véase *ut. supra*.

<sup>221</sup> *Idem*.

María, tan proclive a risas, acertijos y bromas. La fama de “liberal” es decir, de sencillo y franco de la que gozaba les encantaba a sus romanos.

Gregorio XVI —refiere Rops— solía decir: “en casa de los Mastai todo el mundo es liberal, incluso el gato”. Tanto que Luis Napoleón, cuando sus veleidades liberaloides hubo de deberle el salvífico pasaporte suizo al Pontífice. Juan María bien habría podido ahorrar a franceses (y mexicanos) la horrida memoria de Luis Napoleón, el Ínfimo. Quizá aquella obra de caridad fue la excepción a la prudente máxima: “Acordaos que hay ciertos límites que un Papa no puede, no debe traspasar”. En cambio, había otros que era imprescindible superar: “Juzgaba absurdo el oponerse a los ferrocarriles, a la iluminación de gas, a los puentes colgantes y a los congresos científicos, “entre otros conceptos del inventario de los retrógrados ridículos de la Corte vaticana pues —admite Rops— eran novedades que no podían hacer daño alguno a la Iglesia”.

A final de cuentas, la etiqueta “liberal” que se le quería adherir, no sería sino engañosa, equívoca y contraproducente. Era sólo, y con eso era bastante, un hombre bueno, suficientemente inteligente sin llegar al deslumbramiento, que sabría dialogar con el mundo moderno. Nada más ascendido al Trono de Pedro comprendió la necesidad de una amnistía general a los reos políticos, con la sola promesa de portarse bien de ahí en adelante. Abría los jardines del Quirinal a todos, paseaba a pie por las calles y si encontraba un sacerdote llevando el viático, le acompañaba hasta el lecho del moribundo. A la muchedumbre la tenía subyugada por su bondadosa y espontánea sencillez. Pero también se había ganado a los sofisticados y refinados católicos, sobre todo a los intelectuales franceses, a Dupanloup y a Montalembert, amigos de Lacordaire y asociados, otrora, a *L’Avenir* de Lamennais, anterior a la gregoriana y aplastante condena del periódico dirigido por el Profeta Felicidad, trágicamente infeliz él mismo. El “affaire Lamennais” contribuiría a contrastar a esos dos papas contiguos, con el que Pío IX sin duda sale ganando.

Se empeñó el Papa Ferretti en la reorganización de los Estados pontificios mediante una Cámara de Notables consultiva, lo que ya era un gran paso. Instituyó un consejo de ministros, al que entraron algunos laicos. Las aduanas, los impuestos, el monopolio de la sal y el tabaco fueron puestos en orden. Otorgó a los judíos derecho a vivir fuera del ghetto, lo que hizo exclamar a alguno rabínicamente que el Papa era, nada menos, que el Mesías prometido a Israel. La serie de estas nove-

dades pontificias no podía tener sino un broche de oro: *la concesión de una Constitución “más o menos inspirada en la francesa”*.<sup>222</sup> Metternich, consternado, lamentábase “¡Lo habíamos previsto todo, excepto un Papa liberal!”.

El muelle y alabastrino canciller hizo lo indecible por apartarle de aquellas locuras y llegó a enfrentársele, prohibiendo las manifestaciones de beneplácito por el ímpetu moderno del Vicario, sin detenerse ante el derramamiento de sangre y alentando, al interior de la Corte pontificia, una sorda oposición en medio de una atmósfera enrarecida por la traición, contando con el beneplácito del viejo hugonote Guizot y de sus huestes, para quienes Pío Nono era Robespierre o Luis XVI, según se viera; en todo caso, era un insensato, incapaz siquiera de evitar la intercepción de su correspondencia. Pero, a pesar de los pesares conservadores, “el mundo, con él, vivió un estallido de ternura”, muy fatigoso por cierto, pues el Papa tenía que aparecer a diario veinte veces en el balcón de la Plaza soberbia. Hasta los protestantes de Nueva York, el día de su cumpleaños, protestáronle “testimonio de simpatía sin límites, como hijos de una república y como amigos de la libertad”.

Ozanam<sup>223</sup> quería ver en Pío Nono el enviado por Dios “para concluir el gran asunto del siglo XIX: la unión de la religión y la libertad”, afirmando que el “más firme sostén del Papa reformista era el pueblo”, lo que inmediatamente alarmó a los medrosos conservadores de siempre, que se estremecían y hacían berrinches al oír a la gente aclamarlo con el grito “¡coraggio Santo Padre, coraggio!”. Juan María acabó cayendo en la cuenta de que su inmensa popularidad, más que un carisma era un envidiable y muy útil capital político que ambicionaban aprovechar tanto Mazzini (impulsor de la unidad italiana y de la supresión del poder temporal del Papa) quien cínicamente ya había confesado su intención de usarlo como “el buey gordo de la política y de ahogarlo entre flores”, al igual que Gioberti (partidario de la unidad nacional bajo la dirección papal).

Los conservadores retrógrados de la curia y del extranjero se encargaron de sobresaltarlos con funestas predicciones catastrofistas y lograron, con la Encíclica *Mirari vos*, que empezara la resaca contra el liberalismo filosófico y moral (pero no el económico), la masonería y otras “execra-

<sup>222</sup> Rops, *op. cit.*, p. 377.

<sup>223</sup> *Ibidem*, p. 380.

bles” sectas secretas, la teoría del “progreso absoluto” (en lo que tuvo razón) y al comunismo fantasmal, que ya recorría Europa. El desencanto popular no se produjo ni siquiera con ese paso, retrógrado e inevitable. Además, todo el mundo achacaba a los “negros”, de las congregaciones, al secretario de Estado y a los jesuitas, ser los obstáculos impertinentes de la voluntad reformista del Papa Ferretti, bueno y compasivo, al que se le creía cautivo entre esas redes eclesiásticas.

Entonces, para universal asombro, irrumpió la revolución parisina, sus pródromos y secuelas y un huracán barrió Europa entera, con violencia contenida durante muchos años por la “Congeladora Metternich”, contra-productente como todo autoritarismo. Propagóse la revolución de capital en capital, como una sacudida eléctrica y por el momento pareció irresistible... Comenzó el 12 de enero, en Nápoles y Palermo, donde el rey Fernando II fue obligado a conceder una Constitución. El 8 de febrero, en Turín, Carlos Alberto tenía que conceder otra y, el 17 de febrero, Leopoldo II, gran duque de Toscana, hacía lo mismo en Florencia. Cinco días después, el 22 de febrero tocaba el turno de entrar en acción a los habitantes de París. El eco de las gloriosas jornadas resonó entonces en Europa como un toque de clarín. Oyósele en el Imperio de los Habsburgo donde, el 3 de marzo, Kossuth reclamó las libertades nacionales para Hungría; el 11 del mismo mes los patriotas de Praga exigían violentamente la igualdad de checos y alemanes en un restaurado reino de Bohemia y el 13 en la mismísima Viena (de la que huyó Metternich disfrazado). Resonó también en Alemania, donde los nacionalistas, reunidos el 5 de marzo en Heidelberg, decidieron la convocatoria de un “Volkparlament”, destinado a preparar la unidad germana; en Berlín, el 18 de marzo, viendo cómo las calles de su capital se erizaban de barricadas, Federico Guillermo IV hubo de apresurarse a prometer una Constitución. También se oyó aquel llamamiento en Italia. El 18 de marzo, Milán expulsó a los austriacos tras cinco días de sangrientos combates y bajo la dirección del dogo Manin; el 22 de marzo, Venecia ganó también su independencia. Empujado por un movimiento de opinión, poderoso como una marea, el rey Carlos Alberto del Piamonte lanzó a su reino en la lucha libertadora contra los austriacos. No hubo país alguno, ni entre los más apartados, donde no se hiciera eco a la vehemente voz salida de Francia; en Barcelona se gritaban vivas a la República y en Varsovia, aplastada bajo la bota rusa, la población se removía de nuevo.<sup>224</sup>

<sup>224</sup> *Ibidem*, p. 381.

Eran, según el historiador católico, tres las fuerzas moviendo a los pueblos: *la libertad* para transformar el régimen estatal al interior, cancelando el absolutismo anacrónico; *la nacional*, para modificar los cuadros territoriales ideados o convalidados por el Congreso de Viena y la dichosa Santa Alianza: se trataba de hacer coincidir nación y Estado, reuniendo a los hombres de un mismo origen y, por último, *la social*, nacida también de las ideas de 1789, pero puesta en suspenso por las artes de Metternich, Castlereagh y sus aliados, que no pudieron impedir, con todo, el alzamiento proletario mundial, que trastocaría lo conocido hasta entonces.

Pío IX entendió que estos acontecimientos sobrepasaban lo humano: “en esta tempestad que agita, agobia, desarraiga y hace pedazos a los poderosos cedros lo mismo que a las cañas: ¡ay de quienes no oyen la voz del Señor!”. Resalta el hecho que ninguna de las revoluciones en curso fuera anticlerical y menos aún antirreligiosa. En Italia y Alemania los sacerdotes frecuentemente participaron del ímpetu nacionalista, se alistaron en los ejércitos patrióticos y sirvieron muchas veces de consejeros en Nápoles y Palermo, por no mencionar a Lacordaire, Ozanam, Lamennais, Darboy y Dupanloup los más eminentes en las luchas francesas por los derechos y las libertades públicas. Lamartine incluso llegó a decir que la Revolución del 48 contenía esencias cristianas. “Dios en el cielo, la libertad en la tierra: he aquí toda nuestra Constitución, en dos palabras”. Pero dicho fenómeno era más una consecuencia de la desacralización general del mundo, sin retorno medieval, imposible y absurdo. Sólo algunos románticos soñaban en tales cosas y hasta el mismo Chateaubriand y su “cristianismo genial” hubieron de desengañarse muy pronto. Rops no dice que los nuevos dueños de la riqueza, el capitalismo financiero especulador, se encargaría de hacer entender que la religión, toda religión institucionalizada, es útil como mecanismo de *control social*, favorable para quienes no desean otra cosa que el *statu quo*. De ahí nacerían equívocos trágicos, hasta llegar a los días de una “Teología de la Liberación”, discordante e incómoda para el aparato eclesiástico y para el establecimiento político, sobre todo en América Latina y en África. El Cristo revolucionario y el Jesús socialista, ya se ve, vienen de muy lejos, equívoco trágico que cobraría sus víctimas, provocaría escisiones y dolorosas expulsiones. Era una desconcertante proclama, una lectura social del Evangelio que no ha logrado ser silenciada, a pesar del rigor con que ha sido proscrita por la autoridad eclesiástica suprema. Pero, además de este diferendo teológico, hubo otro equívoco en aquellos días

de revolución: los políticos del gobierno republicano provisional querían la colaboración activa del clero para la consecución de su proyecto y, a tal fin, arreglaron las disposiciones legales de administración; los católicos, religiosos y seglares, vieron aquella actitud como oportunidad de “cristianizar” la vida pública, lo que hubiera resultado en abandono del laicismo de 1789, con la consiguiente protesta de quienes no acababan de admitir esa “cuadratura del círculo”.

Los acontecimientos desharían, de tajo, el nudo gordiano: el 25 de junio, durante las cruentas batallas callejeras con que los huelgistas tuvieron que vérselas, el arzobispo de París, Monseñor Affre se propuso, generosa y desinteresadamente, servir de mediador entre los antagonistas socialistas y sus huestes por un lado, y la fuerza pública gubernamental, por el otro. Al llegar el purpurado a la Plaza de la Bastilla, a las ocho y media de la noche,

los combatientes ya estaban cansados. Las descargas cesaron al percatarse los beligerantes de la presencia episcopal. Al llegar el mitrado a la barricada que guardaba la puerta del barrio más popular, el de Saint-Antoine, dejando atrás a su escolta, avanzó hacia ella solo, exclamando ¡Amigos míos, amigos míos!, y algunos tras las piedras y los toneles le aclamaron. Escaló la primera barricada, dirigiendo su marcha hacia la segunda, en medio de una calma impresionante. Algunos de sus guardias trataron de seguirle y los obreros los interceptaron en un instantáneo altercado. De pronto y entre los gritos, dejaron oírse secas detonaciones y se vio a Monseñor Affre desplomarse, herido de muerte por una bala perdida que le destrozó la columna vertebral, haciéndole morir treinta y seis horas después, exclamando, al expirar, ¡que mi sangre sea la última!<sup>225</sup>

Entonces, la represión se desató: once mil arrestos, cuatro mil deportaciones a Argelia, ejecuciones sumarias innúmeras. Ozanam tuvo el valor de decir: “Habéis aplastado la revuelta; pero os queda un enemigo, la miseria”.<sup>226</sup>

La autoridad eclesiástica pretendió descargar de toda responsabilidad a los obreros de la mortífera barricada pero fue en vano: el miedo había hecho presa de la burguesía católica y, en general, de la sociedad entera, y cuando Pierre Leroux, el socialista, pidió clemencia para los rebeldes

<sup>225</sup> *Ibidem*, pp. 391 y 392.

<sup>226</sup> *Idem*.

nadie quiso seguirle. El provisional pacto histórico entre la burguesía y el proletariado parisino también estaba herido de muerte y se disolvió, así como el del catolicismo político con la república, que llamaría a Luis N. a la jefatura del Estado poco tiempo después, con graves consecuencias para un Estado de derecho derogado en aras de esa ambición ayudada por el Ejército y los capitalistas, que en el Duque de Morny, el hermanastro, tenían a su mejor vocero, puesto que le hablaba al oído al ínfimo napoleoncillo.

“¡Pasemos a las filas de los bárbaros!”, la arenga de Federico Ozanam podría expresar, elocuente, el sentimiento católico francés, el de sus líderes intelectuales y morales al menos, de amor cristiano por el nuevo prójimo, un recién descubierto hermano: el proletariado europeo. La frase desencadenó una tormenta pues muchos quisieron ver en ella un eco de los días de terror jacobino. Ozanam respondió diciendo que “pasar de Bizancio a los bárbaros” equivalía a proponer pasar del bando de los hombres de Estado y de los reyes esclavos de sus intereses, egoístas y dinásticos, a los intereses nacionales y populares:

Ir al pueblo es, siguiendo el ejemplo de Pío IX, ocuparse de ese pueblo que tiene demasiadas necesidades y que carece de derechos, que reclama una mayor intervención en los asuntos públicos, garantía para su trabajo, seguridades contra la miseria... pasar al servicio de las masas, incluidas las del campo, lo mismo que de las ciudades. Es así como pasar al pueblo es pasar a los bárbaros, pero para arrancarlos de su barbarie, para hacer de ellos ciudadanos al hacerlos cristianos... hacerlos dignos y capaces de la libertad de los hijos de Dios.<sup>227</sup>

Antonio Federico Ozanam nació en Milán en 1813, ciudad entonces en poder de Francia. Su padre Jean Antoine, alistado en el ejército del general Bonaparte, participó en las batallas de Pavía, Castiglione, Arcola, Lodi y Rívoli, de las cuales volvió con cinco heridas y el diploma de capitán, habiéndose hecho notar por el Gran Corso. Joven, rico, apuesto, amable, ingenioso, amigo de la sociedad y de una inalterable alegría, el oficial de porvenir abandonó el servicio cuando se fundó el Imperio. Casóse con Marie Nantas, hija de un rico comerciante y se estableció en París. Una imprudencia financiera lo arrastró a la ruina. Volvió a empuñar

<sup>227</sup> Baunard, Mgr., *Frédéric Ozanam d'après sa correspondance*, París, 1914 (*Federico Ozanam*, trad. de Salvador Echavarría, México, 1963, p. 281).



la espada, se le ofreció una plaza de capitán en la Guardia Imperial, pero no habiendo visto Jean Antoine con simpatía la trasmutación de Bonaparte en Napoleón, rechazó dicho empleo. Se trasladó entonces a Milán y ahí dio clases de francés y estudió medicina. Le bastaron dos años para hacerse del diploma de doctor. Se le recuerda en los anales médicos por su *Historia de las enfermedades epidémicas en Europa desde el siglo XIV hasta nuestros días, en cinco tomos* (1823). Procreó 14 hijos. Federico fue el quinto vástago de su prolificidad. La madre había vivido en la infancia los horrores del sitio de Lyon en 1793, pero también la paz, la seguridad y la belleza brindada por los lagos de Ginebra y de Neufchâtel, en el catón suizo de Vaud. Sus padres imprimieron en el alma de Federico, grande amor por la libertad, el orgullo de la independencia ganada a base del esfuerzo personal y una acendrada piedad, alejada de supersticiones rutinarias. Se recuerda que uno de sus ancestros, brillantísimo matemático, mereció en 1650 elogios del gran Fontenelle.

Fue Federico un estudiante destacado, orgullo de sus maestros, un niño prodigio capaz, desde los trece años, de elaborar, en francés o en latín, composiciones poéticas en todos los metros, que sus profesores mostraban complacidos. Antes de los quince, ya podía formar con ellas un volumen encantador, dedicado a sus padres.

Sufrió, muy joven aún, una crisis religiosa de la que salió bien librado gracias a su profesor de filosofía, el padre Noirod, quien, a diferencia de los demás docentes, “tenía discípulos y no meros alumnos”. La llamada Revolución de Julio, la de 1830, lo encuentra enfrascado en polémica con el saintsimonismo, mientras a su alrededor la violencia contra la Iglesia que los levantados ejercían le obligaban a verla con escepticismo. “Mientras los jóvenes aclaman la Gloriosa Revolución, me esfuerzo en hacerme viejo; miro, espero, observo y, dentro de diez años, habré de pronunciar mi fallo”. Comienza a escribir en periódicos de poca monta hasta que el prestigiado liberal *El Precursor*, publica un ensayo suyo, en el que combatía las nuevas ideas socializantes, recibiendo felicitaciones de Lamartine desde el periódico de F. de Lamennais, *L’Avenir*.<sup>228</sup> A los dieciocho años, en 1831, ingresa a la Facultad de Derecho en la Universidad de París. Ampère, el gran “físico-eléctrico”, lo recibe en su casa “el cuarto con comida, en las mismas condiciones y al mismo precio que una casa de huéspedes”, además de una agradable sociedad, en la calle des Fosses-

<sup>228</sup> Véase *ut. supra*.

Saint-Víctor. París no le sedujo en lo más mínimo: “su frialdad me hiela, su corrupción me mata”.

Quien sí lo hizo fue Chateaubriand, de quien decía Carlos X, era “una potencia de este mundo”. El 1o. de enero de 1832, a las doce del día, al salir de misa, Chateaubriand le preguntó amablemente acerca de sus proyectos y el joven, cohibido, no acertó a hilar su respuesta. Chateaubriand entonces inquirió si frecuentaría los teatros. Ozanam enmudeció y, al cabo de un instante, repuso que había prometido a su madre no concurrir a ninguno. Conmovido por esa puerilidad, Chateaubriand le abrazó, felicitándole por la obediente decisión.

Concorre Ozanam al salón del joven conde Carlos de Montalembert, a donde asisten los “habitués” Echstein el filósofo, Alfred de Vigny, Mickiewicz el poeta polaco,<sup>229</sup> Sainte-Bauve, Considerant y Víctor Hugo. Se hablaba ahí, a menudo, del gran tema de entonces, la llamada “cuestión social”.

Escribió alarmado y clarividente: “hay un odio de exterminación, una guerra civil y toda Europa será teatro del conflicto”.<sup>230</sup> Ozanam, más tarde, se convirtió en activo protector de la naciente Universidad Católica de Lovaina, obra de los obispos de Bélgica, en el mismo sitio, en la misma Lovaina de Flandes, la universidad de Erasmo, Lipsio y Juan Luis Vives, lumbreras del humanismo cristiano fracturado por el cisma luterano. Se trataba, en 1834, del surgimiento de una institución renovada, libre y católica gracias al cardenal Mercier, que la impulsó decisivamente. Ozanam deseaba ver replicada esa empresa en suelo francés. Sus anhelos se verían satisfechos con cinco de ellas, sobre todo la Universidad Católica de Lille y el muy influyente Instituto Católico de París, centro de irradiación del neotomismo, como Lovaina lo fue en grado eminente. Las conferencias de Lacordaire, desde el púlpito de Notre-Dame, le subyugaron, permitiéndole además, al comentarlas para *El Universo*, un modestísimo ingreso de 180 francos. Obtiene en la Universidad de Lyon la cátedra de Derecho mercantil, para entonces novedosa disciplina jurídica. Y comienza, después de sus bodas, un devoto liderazgo al frente de la sociedad filantrópica, de caridad cristiana, de San Vicente de Paul.

La Soborna “esperaba también al joven maestro”. El primer sábado de enero de 1841 ocupó la cátedra de Fauriel (de literatura italiana y

<sup>229</sup> *Idem.*

<sup>230</sup> En Baunard, *op. cit.*, p. 52.

germánica) y, al concluir su primera exposición en el aula rebosante de ávidos oyentes, se supo que acababa de nacer un elocuente y estudioso profesor de grandes vuelos, con veintisiete años de edad y sin sombra de pedantismo.

La recurrente polémica francesa de las libertades comprendía, en primer lugar, la de enseñanza, bandera de derechas pero también de la izquierda, aunque con distintos objetivos y argumentos. Ozanam la vivió desde dentro, enfrentándose a Michelet y a Quinet, del College de France, el sacrosanto recinto de la intelectualidad, coronado por esa cúpula perfecta del siglo clásico, orgullo de la nación. Le entusiasmaba batirse y no rehuendo concursar aun fuera sobre el explosivo tema, propuesto por la Academia: “Voltaire”. Entre tanto, Montalembert declaraba la guerra con *El deber de los católicos en la cuestión de la libertad de enseñanza*, en el que Ozanam es puesto como ejemplo del profesor universitario de corazón recto y honrado, a diferencia de la mayoría de ellos, lo que constituía “un peligroso honor”, imposible, al mismo tiempo, de ser rehusado o aceptado. Era la guerra, disputándose la Iglesia y el Estado la formación del espíritu y del corazón de las nuevas generaciones, lucha a muerte por la conquista del futuro desde el presente. Dos cuerpos de funcionarios colisionaban en el asunto: de un lado, los funcionarios civiles del Estado napoleónico del que había surgido la Universidad moderna; del otro, los sacerdotes, frailes y laicos, que reclamaban el fin de aquel monopolio civil. Ozanam dio entonces prueba plena de sus convicciones religiosas y políticas en cuyo equilibrio puso el mayor cuidado, guardándose de ofender al cuerpo profesional al que pertenecía, así como prevaleciendo del derecho a la *libertad de conciencia*, para él irrenunciable.

La tormenta universitaria se cernía sobre él en medio de desórdenes crecientes al interior de la Sorbona; llegaron las cosas a tal punto que su cátedra fue señalada sarcásticamente como “de teología” y, a pesar de todo, seguía cosechando aplausos de todos colores. La (famosa en su tiempo) conversión al Evangelio del ayudante de Michelet en su cátedra del College, Charles Lenormant, fue como un rayo que desencadenó la tempestad y la acusación de proselitismo religioso contra Ozanam y “el convertido de la Sorbona”, transformando la cátedra de este último en escenario de tumultos y violencias, ante la indiferencia de las autoridades académicas. Ozanam salió en defensa de Lenormant y de la libertad de conciencia. Al día siguiente al de la reanudación de los cursos, la cátedra de Lenormant quedó clausurada por orden del gobierno. El profesor pre-

sentó su renuncia para poder dedicarse a la dirección de un diario en el que Ozanam publicaría a menudo. Al finalizar 1847 reanudó sus cursos universitarios y se decantó en vísperas de la caída de Luis Felipe:

La cuestión que agita en torno nuestro al mundo no es una cuestión de personas, ni una cuestión de formas políticas, sino una cuestión social. *Es la lucha de los que no tienen nada y de los que tienen demasiado*; es el choque violento de la opulencia y de la pobreza, que hace temblar el suelo bajo nuestros pies. El deber de nosotros cristianos es interponernos entre esos dos bandos para que, por medio de nosotros, la caridad haga lo que no puede hacer la sola justicia.<sup>231</sup>

Ozanam, febrilmente arrebatado por las muestras de religiosidad y de amor a la Iglesia y a Pío Nono de la multitud parisina, cree ver, en la caída del Orleáns y la proclamación de la República, una revolución “como el mundo no lo había visto desde la caída del Imperio Romano”.

Creo —subrayó— como ayer, en la invasión de los bárbaros; pero de bárbaros semejantes a los francos de Clodoveo. En fin, creo en la emancipación de las nacionalidades oprimidas y más que nunca admiro la misión de Pío IX, suscitada tan a propósito para Italia y para el mundo. En una palabra, no me disimulo ni los peligros del tiempo ni la dureza de los corazones; espero ver mucha miseria, desórdenes y acaso pillajes. Creo que podemos ser aplastados, pero que será bajo el carro del cristianismo.<sup>232</sup>

Al mismo tiempo que tales cosas sostenía, decía también que no era él uno de los hombres de la situación: no era, ni quiso ser nunca, sólo un político más.

Montalembert, en cambio, había convocado precisamente a la fundación de un partido católico, a pesar de las diferencias que separaban a los líderes religiosos, algunos como Veillot, plebeyo, lo que ya anunciaba la final ruptura entre aquellos católicos y el proletariado. Cuando los huelgistas irrumpieron violentamente en el Paláis-Bourbon, Lacordaire resolvió abandonar definitivamente su escaño en la Asamblea, días antes de la trágica muerte del Arzobispo Affre. Montalembert denunció “a quienes ponían tanto entusiasmo en saludar a la democracia, confundiendo socialismo con democracia y democracia con cristianismo”. La

<sup>231</sup> *Ibidem*, p. 283.

<sup>232</sup> *Ibidem*, p. 284.

ruptura de la religión y la libertad ya estaba políticamente consumada y sólo se aguardaba el momento de que la ola reaccionaria reventara sobre aquellas cabezas, bien intencionadas sin duda, pero incapaces de descifrar los signos de un nuevo tiempo, convertido en un enigma para los viejos moldes conceptuales, aún sólidos, pero incapaces de contenerlo y aprovecharlo a plenitud. Alineadas las fuerzas sociales y económicas en otra nueva correlación, hicieron aquella precaria alianza inviable para lo futuro; a su vez, el catolicismo político, liberal y libertario, entró en estado de hibernación. La euforia inicial por aquella alianza se esfumó en desencanto, aun cuando las elecciones del 23 de abril, en las que se inauguraba el sufragio universal, revelaron que “de los 880 elegidos, por lo menos 500 debían sus puestos a los católicos de la línea de Montalembert y 300 eran incluso fieles militantes”.<sup>233</sup> Añade Rops:

Pero no faltaban a los ojos de un observador clarividente las razones para la inquietud. La revolución había sido hecha por el pueblo y era la burguesía liberal la que se aprovechaba de ella en el gobierno provisional y en el Comité ejecutivo encargado de poner por obra la Constitución, los jefes eran moderados. ¿Iba el pueblo a dejarse despojar de su victoria? Se había producido un hecho nuevo: unos hombres, a la vez doctrinarios y tribunos, proponían a las masas objetivos y medios hasta ayer desconocidos. Se había separado prudentemente del gobierno a Cabel, Raspail, Blanqui, aquellos socialistas... pero, ¿no tenían en sus manos otros medios de acción? Los obreros estaban armados... Las repetidas manifestaciones que siguieron a las jornadas de febrero mostraban bastante que algo había cambiado en el juego de la política... La dolorosa situación del proletariado industrial no suscitaba la indignación suficiente en un país todavía rural, en el que los obreros de fábrica eran relativamente poco numerosos... El campesinado no entendió más que una cosa de las teorías socialistas, cuyas migajas le llegaban: sus tierras estaban amenazadas por los “repartidores” y, como si todo lo anterior no fuera poco, hundieron los valores de la Bolsa... Aquel frenazo brutal que llevaba a la Iglesia hacia la reacción trajo otra consecuencia: la dislocación de los católicos. Así, se tomaban posiciones o, mejor dicho, se constituían los antagonismos en el interior de la Iglesia de Francia. Sin embargo, las nuevas alianzas políticas, suscritas por los católicos, tuvieron un resultado feliz al obtener una solución al problema de la libertad de enseñanza, consagrada en la Constitución de 1848.<sup>234</sup>

<sup>233</sup> Rops, Daniel, *op. cit.*, p. 389.

<sup>234</sup> *Ibidem*, p. 394.

La historia de ese “triumfo”, un conjunto de equívocos y de claudicaciones políticas, tuvo además un fondo de intriga entre Falloux, el ministro de instrucción que impulsó la reforma (él mismo un equívoco, pues procedía de la familia del conde de Artois habiendo sido retratado en la novela de Huysmans, *A rebours*, expresión del más acabado “decadentismo”) y el célebre Dupanloup, sacerdote y gran intrigante él también. La reglamentación constitucional que al final resultó de ello comportaba tres líneas esenciales: *la enseñanza era libre*, pero el Estado controlaba su valor pedagógico, incluso la de los seminarios religiosos; *el derecho de enseñar* quedaba reconocido a las asociaciones (es decir, a las congregaciones religiosas: maristas, lasallistas, salesianos, jesuitas). Los maestros, nombrados por un consejo municipal, actuarían bajo la vigilancia del alcalde... ¡y del párroco! *Todos los ministros de cultos reconocidos tendrían el derecho de abrir escuelas*; los profesores podían ser nombrados por los obispos sin obligación alguna de grados. La Iglesia había acabado por convertirse en el primero y más poderoso motor de la formación infantil y juvenil y el bando opuesto rugió, colérico, ante esta dimisión de los poderes públicos. Al cabo de cuatro años de expedida la norma, los católicos habían fundado mil ochenta y un establecimientos de enseñanza secundaria, pero quedarían atados a los intolerantes partidos de derecha, plagados de tartufos, racistas y xenófobos, ajenos al cristianismo. Guizot quedaba así derrotado y la causa del laicismo muy lastimada, pero aún con vida.<sup>235</sup> Por otro lado, hay elementos para juzgar que el celo católico por la enseñanza en los liceos, mejoró la calidad de esos conocimientos. Las órdenes y congregaciones religiosas crearon, con la prestigiada educación de la juventud de las élites, una amplia zona de influencia, un influjo poderoso que garantizaba su reproducción social y su peso político. Cuatro años más tarde, Luis N. era dueño de la situación, cubierto con una diadema imperial offenbachiana, beneficiada de las delicias del cuerpo de ballet del Garnier, flamante y fastuoso. La revolución ya estaba muerta y en los bulevares, recién abiertos por el célebre barón urbanista, nadie recordaba aquellas lejanas jornadas, erizadas de barricadas y de consignas revolucionarias.

Jean Sigmann consigna en su monografía<sup>236</sup> una suerte de “corte de caja” del proceso europeo:

<sup>235</sup> Véase *ut supra*.

<sup>236</sup> Sigman, *op. cit.*, pp. 285-290.

De la primavera de 1848, ¡cuántas esperanzas, cuántos fracasos! *Abril*: derumbe cartista en Londres, derrota de la revolución popular de febrero en París y en las provincias, *Junio*: destrucción del movimiento checo, dispersión del Congreso eslavo de Praga y aplastamiento de la insurrección parisiense, *Julio*: fin de la revolución nacional italiana, *Octubre*: caída de la revolución vienesa, *Diciembre*: golpe de Estado prusiano y disolución de la Asamblea Nacional. 1849. *Marzo*: golpe de Estado austriaco y disolución del Reichstag de los estados hereditarios, restauración del Antiguo Régimen en Parma, Módena y Florencia. *Junio*: derrota, sin gloria, de la extrema izquierda en París y en Stuttgart fin lamentable del Parlamento de Fráncfort. *Julio*: la República francesa vence a la República romana y el rey de Prusia a la democracia unitaria. *Agosto*: capitulación de Hungría independiente y de la República de Venecia. ¿El balance? Napoleón III avanza, disfrazado de presidente conservador y, después de un breve periodo republicano, dieciocho años de Segundo Imperio van a suceder a los dieciocho de la “Monarquía de Julio”. En Austria, el autoritarismo negligente, tolerante desdeñoso ante los “despertadores” de los pueblos, ya no estará adormilado el centralismo, absolutista y germánico, se prepara para reprimir implacable las aspiraciones liberales y nacionales del seno del Imperio.

En Alemania, el triunfo de la contrarrevolución resulta de una especie de división del trabajo entre Federico Guillermo y Schwarzenberg: las armas del príncipe destruyeron, en la persona de sus jóvenes representantes, el ideal republicano; las audaces presiones del segundo dieron nueva vida a un cadáver detestado, la Dieta. Tremendo desastre. Pero también gran victoria social para millones de campesinos del Imperio y de muchos estados alemanes. El miedo de que se renovaran las *jacqueries* de marzo, la preocupación por una gran masa electoral compacta, hicieron de parias ignorados o despreciados, generalmente cerrados a las doctrinas subversivas, los niños mimados de la revolución, a quienes demócratas, monárquicos constitucionales, ministros conservadores y soberanos reaccionarios, multiplicaron a porfía promesas y compromisos. La abolición de la servidumbre y los censos señoriales fue una revolución silenciosa, que escapa a los historiadores enternecidos con las callejuelas del viejo París.

Pero es que —habría necesidad de replicarle al eminente profesor— se trataba no tanto de sentimentalismo trasnochado sino de “capacidad de irradiación” que tuvo París y los hechos ahí consumados y que no conoció el mundo alemán de entonces. Francia influía globalmente; Alemania, local y restringidamente; Francia era el condensado político de occidente, mientras que Alemania era un conglomerado problemático y abstruso, cuyas disensiones no afectaban esencialmente lo que se hacía

en otras latitudes. De ahí la relevancia de los hechos parisinos de 1848, pero también la de los anteriores a éstos y la de los que vendrían todavía a lo largo del siglo. Nada en Alemania, en este orden de ideas, puede parangonársele.

Napoleón III, trece años antes de su encumbramiento, había reivindicado la herencia militar del genial en sus *Ideas napoleónicas* (julio de 1839).<sup>237</sup> Habiendo fracasado su intentona golpista de Estrasburgo (1836) el hijo de Luis Bonaparte, rey de Holanda por la gracia de su imperial hermano y de Hortensia de Beauharnais, hija de Josefina, el inquieto y ambicioso muchacho redacta un *Manual de artillería* (arma de la familia, por cierto) y quiso remontar el fracaso imaginándose, fantasioso, una responsabilidad personal áurea y ser obligado por un “destino que su nacimiento presagió”. Ese fue su consuelo durante el exilio inglés en Carlton Terrace, lugar en donde fecha esta obra, que es como un pasaporte falsificado que usará para ingresar al mundo político europeo.

No valiera la pena hojearlo siquiera si no fuera porque sus intenciones, anhelos y habilidad para la intriga están ahí, de cuerpo entero. Nadie (como en el caso de Adolf) pudo entonces llamarse a sorpresa cuando de entre esos renglones, saltó a la realidad un monstruo. Y tampoco valdría la pena si no fuera porque esas páginas muestran la fertilidad de un conjunto de propuestas políticas, surgidas de la Revolución y de la carrera del héroe, las que, no obstante la derrota militar y política, podían ser de nuevo admitidas, recicladas con ajustes a los que el tiempo obliga siempre. Era un aventurero político sin escrúpulos el que ahora recogía la cosecha para apropiársela, sin que nadie le reclamara esa expoliación pues era preferible a las “veleidades republicanas”, sobre todo las de la variante socialista, “de todos tan temida”.

La propia figura de un “príncipe-presidente” con que fue investido antes del golpe definitivo, era, ella misma, una contradicción grotesca. La camarilla, compuesta por el frívolo y astuto Morny, el hermanastro, Persigny, Fuld el banquero (financiero de la operación golpista), Maupas, el prefecto de policía y Saint Arnaud, el peleonero ministro de la Guerra, después de la reelección de Luis N. en 1852, preparó el asalto al poder.

Del 1 al 2 de diciembre el ejército ocupó todos los puntos estratégicos de París, arrestó a los posibles adversarios como Thiers y Cavaignac, así como

<sup>237</sup> *Ideas napoleónicas*, trad. de C. Romano, Buenos Aires, 1947.



a algunos grupos de diputados que intentaban organizar una defensa legal. Los últimos republicanos exhortaron al pueblo a levantar barricadas; Morny dio orden de disparar, hubo doscientas o trescientas víctimas y París calló por mucho tiempo... La represión fue muy dura: 84 diputados expulsados, 32 departamentos en estado de sitio, 27,000 “rojos” juzgados por comisiones mixtas, presididas por un general, auxiliado de un prefecto y de un procurador; más de 10,000 deportados a Argelia y Guyana; 2,500 encarcelados y 1,500 exiliados... Un año más tarde, después de haber promulgado una Constitución (¡una más!) que le concedía todos los poderes, Luis Napoleón se hizo proclamar Emperador por un plebiscito, en el que dos millones de electores no se molestaron en votar... Una vez más, una Revolución, marcada y debilitada por un exceso de idealismo, había sido aplastada de forma metódica y seca. En realidad, los dados ya estaban echados después de las jornadas de junio de 1848.<sup>238</sup>

Autor de un “ideario napoleónico”, quiso Luis N. demostrar que el periodo del Imperio fue una guerra de vida o muerte contra el viejo sistema europeo. El viejo sistema había triunfado, pero las ideas napoleónicas habían germinado en todas partes. Los victoriosos adoptaron, hasta ellos, las ideas del vencido y los pueblos se agotaron en esfuerzos por reconstruir lo que Napoleón estableció.

“En Francia se demandaba incesantemente —subrayaba con evidente malicia— la realización de las ideas del Emperador, bajo otros nombres y otras formas”. Todo acto de gobierno, toda proposición de las cámaras, se colocaba por debajo la égida de Napoleón, a fin de asegurarse la popularidad; y sobre una sola palabra salida de sus labios se construía todo un sistema. Aunque lo anterior fuera cierto, lo que importaba era otra cosa, la conclusión inobjetable: él era el único y absoluto dueño de esa herencia, pues la sangre así lo había preceptuado. “Ya no hay necesidad de reconstruir el sistema del Emperador, porque se reconstruye por sí solo”.

Soberanos y naciones concurrirán a su restablecimiento, *porque cada cual verá en él una garantía de orden, paz y prosperidad*.<sup>239</sup> Aquí parecía hallarse la clave: Luis N., portador histórico del ideario y capaz de realizarlo, ya que tan íntimamente era suyo, prometía *la garantía de orden* que reclamaba la sociedad francesa y, en general, la europea, la burguesía

<sup>238</sup> Goubert, Pierre, *Initiation a la histoire de la France*, 1984 (trad. castellana de Carrera y Latorre), Barcelona, 1987, p. 259.

<sup>239</sup> Napoleón III, *Ideas napoleónicas*, p. 149.

y un *orden nuevo*, el suyo en primer término y en todo lugar. El peligro de revoluciones proletarias flotaba en una atmósfera cargada. Todo menos eso, toda otra solución era menos gravosa que esa horrible posibilidad, ya factible, como habría pronto de verse. El Segundo Imperio tuvo sus cimientos incrustados en la honda profundidad de ese pavoroso temor del miedo al cambio.

Pero el Gran Corso y sus hechos heroicos (y otros deplorables por su ruindad, como lo fue el asesinato imperdonable, a sangre fría y con manifiesta cobardía, del Duque de Enghien, y la absurda y demencial persecución contra Mme. de Staël), podrían ahuyentar a la potencial clientela política de Luis N., quién rubricó aquel panfleto afirmando, tranquilizador, que

la idea napoleónica no es una idea de guerra, sino social, industrial y comercial y una que concierne a toda la humanidad. Si para algunos aparece siempre rodeada por el tronar de las batallas, es debido a que se trató efectivamente de una época velada por mucho tiempo con el humo del cañón y el polvo de las batallas. Pero ahora las nubes se han dispersado y podemos ver, *más allá de la gloria de las armas, una gloria civil más grande y duradera.*<sup>240</sup>

Para que este paraíso se hiciera realidad —lo dice sin decirlo— bastaba que Francia se decidiera llamarle a encabezar el Estado. Y aun cuando no lo llamara de buen grado él sabría, por fuerza, obligar a los franceses a ser felices bajo su cetro, depositado en su mano por derechos dinásticos, que ya era la hora de reconocer, sin tapujos ni falsos formalismos mezquinos. Sedán hizo despertar a una Francia, autoengañada y desencantada, de la fatalidad de las glorias militares. La guerra había finalmente vencido y, en adelante y hasta la mitad del siglo XX, sería la más cruel obsesión del pueblo coinventor de los derechos del hombre y del ciudadano.

Se ha dicho en repetidas ocasiones que la Revolución de 1848 es una “revolución olvidada”, quizá por el contraste con las mayores de ellas, la de 1789, la Comuna en 1871 y, desde luego, con la hazaña bolchevique de 1917. Su brevísimo decurso no le hace ningún favor y la instantaneidad de la victoria conseguida, la concordia reinante de principio entre los triunfadores del levantamiento, la propia índole popular del mismo, sin extenuación de oídos clasistas, la sensación de los protago-

<sup>240</sup> *Ibidem*, p. 150.

nistas de proceder conciliando las creencias religiosas mayoritarias con el credo libertario venido del 89; todo en suma contribuyó, con la perspectiva del tiempo, a considerarla una especie de compás de espera entre 1789 y 1917, sobre todo por el arribo del Segundo Imperio y sus defeciones legales, morales y militares. O bien, a mirarla como una suerte de “ensayo general” para algo más grande y trascendente.

Pero 1848 es por sí mismo un momento importante del proceso de grávidas consecuencias para el despliegue futuro de los derechos y libertades públicas. Es útil, en consecuencia y para la mejor intelección de éstos, intentar el desciframiento de las ideas y las corrientes ideológicas que entonces ahí afloraron, de modo que ayude a comprender el flujo y reflujo, sistole y diástole históricas de los derechos humanos y las libertades públicas, su construcción y, a veces, reparación y actualización. Con los “Talleres Nacionales” de entonces se abrió, puede decirse, el más importante y el único entre ellos que no fracasó: *un taller jurídico-político para diseñar, armar y poner en circulación nuevos mecanismos protectores en el Estado de derecho*, que no siempre resultaron eficaces a causa de las dificultades de su concreción reglamentaria, es decir, de su operación social real.

El año de 1848, o más exactamente, los diez meses que separan el 24 de febrero del 20 de diciembre, forman una unidad. El 24 de febrero, Luis Felipe Primero, rey de los franceses, que reinaba desde las “Trois Glorieuses Journées” (1830), abdicó sin más. El 20 de diciembre, Luis Napoleón, elegido presidente de la República, tomó posesión de dicho cargo para ejercer la presidencia constitucional desde esa fecha hasta el 2 de diciembre de 1851; se disfrazó entonces de Príncipe-Presidente (dictador de tipo primer cónsul) hasta el 2 de diciembre de 1852, y de ahí hasta el 4 de septiembre de 1870, de Emperador.<sup>241</sup> Pero los diez meses de 1848, son total e indisputadamente republicanos y son revolucionarios, no sólo en razón de la efervescencia general, sino en un sentido jurídico preciso: la ausencia prolongada de Constitución, el endeble estatuto provisional de las normas gubernamentales en vigor y la innegable inestabilidad del avance social. La cronología del periodo, debido a Agulhon,<sup>242</sup> ante la crisis de las jornadas de junio de 1848 es la siguiente:

<sup>241</sup> Véase Agulhon, Maurice, *Les Quarante-huitards*, París, 1992, pp. 17 y ss.

<sup>242</sup> *Ibidem*, p. 18.

1. Del 24 de febrero al 10 de mayo, el gobierno provisional gobierna en solitario.
2. Del 10 de mayo al 24 de junio, la Asamblea Constituyente gobierna con la Comisión Ejecutiva.
3. Del 24 de junio al 4 de noviembre, después de la crisis de junio, la Asamblea gobierna con Cavaignac y elabora la Constitución.
4. Del 4 de noviembre al 20 de diciembre, la Asamblea gobierna con Cavaignac y promueve la campaña presidencial.

Un dato revelador del “*estado de ánimo concordante*” de los revolucionarios del 48 es que, en el gobierno provisional de once miembros, cupieran tanto el aristócrata Lamartine como el obrero mecánico Albert, y que en él ocuparan carteras ministeriales tanto un astrónomo, Arago, encargado de la Marina, como Garnier-Pagés, el negociante puesto al frente de las finanzas públicas. Del total de once integrantes de aquel gobierno, nueve de ellos habían sido diputados de la Asamblea Nacional inmediatamente antes de las jornadas de febrero; los restantes eran, al momento del estallido, periodista uno, Flacon y líder de la sociedad secreta de obreros, el mecánico Albert, el otro. Del total, los abogados tienen la mayoría, pues en seis sitios lo eran. La burguesía domina por donde se le quiera ver. Cuando se analiza la composición de la nueva “*estructura de influencia social espontánea*”, los Comisarios de la República, compuesta de unos cien integrantes, llama la atención que fueran republicanos notorios y sólidos, muy lejos de esa leyenda que los quiere sin pasado ni formación, sectarios y revoltosos. Al contrario: en la Asamblea Nacional Constituyente, “el gran personaje colectivo de los últimos dos tercios del 48”<sup>243</sup> del total de 900 escaños (851 ocupados efectivamente) hay 285 “viejos republicanos”, de los cuales 230 son moderados y 455 radicales o socialistas.

El resto es “republicano de la víspera”; de hecho, es monárquico: cinco bonapartistas, 56 legitimistas, 19 orleanistas (que habían sostenido a Guizot), 231, también orleanistas (que habían sido la oposición liberal de Guizot), 133 monárquicos con bandera dinástica indiferente y un segmento de 122 oscuros, de los que no se supo nunca nada, como ocurre generalmente en las casas parlamentarias de todo el mundo y en todas las épocas, que albergan grupos de silenciosos “come-dietas”, abstraídos en

<sup>243</sup> *Ibidem*, p. 27.

ese empeño manducatorio y para quienes subir a la tribuna de oradores equivalía al cadalso, enmudecidos a causa del conocido “pánico escénico” (que, por cierto, resultaba preferible a la verborrea esquizofrénica de algunos desconsiderados). El origen socioprofesional del conjunto presenta algunos problemas pues ¿dónde colocar la de “poeta”? De nuevo, el primer lugar, el palmarés “nemine discrepanti”, se lo llevan los abogados con 176 curules frente a las tristes 53 del “accésit” de los médicos. De esos jurisperitos, 170 vivían de sueldos pagados con dinero fiscal. Hubo ahí 17 eclesiásticos pero sólo 24 asalariados obreros o maestros de obra. Republicanos, de una pleonástica “república social”, pero no había por qué exagerar las cosas: la “Montagne”, la izquierda parlamentaria, demócrata y socialista, contaba también con la preponderancia burguesa: 76 abogados, 25 médicos y 13 periodistas, 11 militares, 13 profesores, nueve funcionarios, 19 patronos y 11 obreros, además de 19 “agricultores” (rentistas) y siete alcaldes. Se constata, una y otra vez, la subrepresentación proletaria, aún cuando su celo revolucionario supliera dicha deficiencia. Los mejores entre ellos fueron los albañiles.

En junio del 48, cargarán los proletarios con el peso mayor de la represión gubernamental, con 99.9% del total de los arrestos, entre ellos los de 1,725 obreros de la construcción. La insurrección, vencida por un ejército de composición mayormente campesina, por la Guardia Nacional clásica, compuesta de burgueses parisinos y por una novedosa Guardia Nacional móvil y popular, integrada por lumpemproletarios. Lo que es constatable es que los represores eran más jóvenes que los reprimidos, en una asombrosa excepcionalidad histórica.

La iconografía de la época es reveladora: el grabado en “homenaje a los vencedores de febrero” muestra a la Belle Marianne, “La Libertad” del gorro frigio triunfante, apoyando un brazo en “El Pueblo” que enarbola la tricolor y otro en el de un Guardia Nacional, provisto de enorme mosquetón, hollando las tres figuras el simbólico manto de armiño y el inevitable cetro, la manita aquella y sus dos dedos extendidos. En otro aguafuerte, referente al saqueo de las Tullerías, un *polytechnicien* expone teatralmente ante un grupo armado de sables, pistoletas y mosquetones, un precioso crucifijo, salvado del ardor revolucionario. Hay uno muy evocador, que representa a un joven Víctor Hugo, trepado sobre una silla en la Place Royale del Palái del mismo nombre, presidiendo la ceremonia de plantación del Árbol de la Libertad, rodeado de burgueses endomingados, expresando, con los sombreros en alto, el júbilo colec-

tivo. Otro ofrece una perspectiva del salón del Club de la Libertad de Expresión. El que simboliza “la sustitución de la fuerza por el derecho” presenta la figura de un obrero con mandil, haciendo un gesto de rechazo al fusil con bayoneta que ha dejado en un rincón hacia el que vuelve la vista, mientras que, con la mano derecha, se dispone a depositar su papeleta de voto en la urna panzona y trípode en la que se lee: “Sufrage universel”. La abolición de la pena de muerte ocasiona una estampa muy inquietante, no sólo la causa de la violencia como que ahí un obrero le da hachazos a la guillotina; también porque, a los pies de ésta, hay una cinta con la leyenda “Fraternité”, flanqueada por la Cruz y la Estrella de seis puntas, la de David. La de la esclavitud es pintoresca: en medio de un mar de negros de Guadeloupe, el abolicionista se dirige a la multitud parado sobre el templete, precaviéndose con un quita sol poco heroico y un tanto ridículo. La propaganda electoral es, a veces, conmovedora de tan ingenua: las escenas son la del día de las votaciones, muy reglamentarias, muy ordenadas, muy concurridas. Otros grabados, el de las barricadas, dejan entrever el encarnizamiento de las luchas callejeras. Los que representan las deportaciones de junio son como de propaganda actual de los “cruceros”, que no había entonces, sin ningún dramatismo, a diferencia de la que representa la metamorfosis del árbol republicano, cuando el 48 ya había sido derrotado por Luis N. y su clientela: le han derrotado la guillotina, el bonete y las charreteras autoritarias y las armas de la abolición de la censura se han secado y cuelgan lastimosas.

#### IV. CONSTITUCIÓN, TAN FUGAZ COMO LA VICTORIA

“La época del individualismo había pasado, se avecinaba la de la colectividad”, Furet así lo sostiene,<sup>244</sup> añadiendo que

de esta manera, el programa republicano expresaba una religión secular que prescribía a todos los hombres el deber de constituirse en naciones para reorganizar a la humanidad en una federación de repúblicas. La aplicación de este principio llevó, en Suiza, a la creación de la *Joven Europa*, a fin de conseguir la hermandad de italianos, alemanes y polacos.

<sup>244</sup> Furet, *et al.*, *Das Zeitalter der europais chen Revolution 1780-1848 (La época de las revoluciones europeas, 1780-1848)*, trad. de Francisco Pérez G., Madrid, 1976, p. 273).

Por otro lado y desde 1830, *la consigna de la emancipación adquirió un carácter natural y jurídico*, que sirvió de base a la nueva generación para redactar el “Programa” de los 33 años que van de 1815 a 1848. ¿Cuál es ahora el denominador común de todas las experiencias de la nueva generación?: *la aceleración*. Desde el punto de vista político, ésta se manifiesta en los frecuentes cambios de régimen, sobre todo en Francia, de manera que en 1849, Lamartine podía decir que ya no era posible escribir la historia, porque la velocidad del tiempo consumía cualquier distancia... *En el campo del derecho, la supresión del título de legitimidad de los antiguos derechos y la rápida sucesión de las leyes y disposiciones fueron experimentadas también como un aceleración*. “Con el ferrocarril ha muerto el espacio y sólo nos quedará el tiempo”, decía Heine. Sí, pero un tiempo de fugacidades en todos los órdenes, también en el de las Constituciones políticas europeas.

En Francia, el aparato de la administración burocrática vertical siguió estrechamente vinculado a las cumbres ministeriales, por lo que la burguesía industrial tuvo que desarrollar su influjo sobre las cámaras de París; sólo a partir de 1830 pudo ejercer directamente el poder político a través de las altas finanzas. Por otra parte, nuevas formas de asociación obreras constituyeron campo fértil para la multiplicación de las utopías socialistas, aun cuando “la conciencia de clase” fuera apenas germinal y aflorara plenamente hasta 1848.

*La Organización del Trabajo (1830)* de Louis Blanc, “era la gran aspiración impulsada por los trastornos de la libre competencia”.<sup>245</sup> ¿Cómo podría organizarse la sociedad sobre la base de sus necesidades y capacidades para poner fin a la explotación de los “trabajadores” por “los ociosos”? Las sectas de los seguidores de Saint-Simón y Fourier, con su vigoroso influjo, apuntaban hacia un futuro más deseado que analizado científicamente...<sup>246</sup> De hecho, sus aspiraciones fueron lentamente realizadas y suplantadas por las realizaciones de la técnica. Tras estos socialismos estaba la experiencia de que la revolución política es siempre impulsada por el cambio revolucionario de las relaciones sociales y que la tarea de la nueva ciencia, *la sociología*, era acabar con las crisis permanentes mediante un sistema social que funcionara eficazmente... En rea-

<sup>245</sup> Koselleck, Reinhart, *Ascenso y estructuras del mundo burgués*, en Furet et al., *op. cit.*, p. 305.

<sup>246</sup> *Idem*.

lidad, las nuevas formas de organización, cuando entraban en conflicto con el derecho penal por razones “morales” o políticas y, sobre todo, en la medida en que incitaban a las clases trabajadoras a la acción política, eran muy pronto reprimidas por el Estado: apoyaron a los trabajadores de la seda en Lyon y a los obreros de París, que en 1831 y 1834 quisieron poner en marcha algunas reformas sociales. Las rigurosas leyes prohibitivas de 1834 paralizaron durante un momento en Francia las repercusiones políticas de sangrientos levantamientos sociales. En este marco se inserta la persecución de las autoridades alemanas contra los trabajadores ambulantes y sus sociedades secretas, incluso en Suiza. El Estado tomó partido en todas partes y, a pesar de las invocaciones a la ayuda social, se situó a favor de los empresarios, una vez legalizando el libre contrato de trabajo como premisa de todo progreso económico, en el rejuogo de las fuerzas que supuestamente se “autorregulaban” y otras mediante “tribunales” laborales, poniendo en manos de los empresarios una palanca legal de poder, todavía más antisocial y rigurosa que en Prusia, donde el Estado tenía una tradición corporativa.<sup>247</sup>

La conclusión del saber histórico (de historia social, política y económica), permite leer a la Constitución francesa del 48 como un conjunto de acuerdos mínimos entre las clases y las ideologías preponderantes en aquel momento.

Desde 1840, Europa estaba en movimiento. Había sido el año de la crisis y en política exterior de los nacionalismos. Con el tiempo, el creciente exceso de población presionó sobre el orden social, aun cuando no en todos los países con la misma fuerza. El impulso económico después de 1836-1839 hizo subir a la nueva burguesía, confiriendo a sus pretensiones en los Estados corporativos burocráticos una fuerza perentoria. También las clases inferiores comenzaron a organizarse de nuevo clandestinamente, de manera que la corriente republicana, dirigida ya contra los sistemas de Constitución liberal, aumentó igualmente. Al mismo tiempo, la construcción del sistema de los ferrocarriles desvió cada vez más las inversiones de capital desde el sector agrario, las compañías de seguros y las simples sociedades comerciales hacia la industria pesada, con lo cual se produjo un efecto acumulativo: el “nuevo ciclo” (en el sentido de Kondratier), comenzó a presentar en 1840 una línea de ascenso que, en la segunda mitad, del siglo habría de afianzarse. A ello se sumaba

<sup>247</sup> *Ibidem*, pp. 306 y 307.



un número creciente de utopías socialistas, hijas legítimas del liberalismo y de sus reglamentaciones individualistas. Para estas líneas, la conclusión (Koselleck, 1969) es justificante de su pertinencia: “La crisis afectó a todos los sectores de la vida social, espiritual, económica y política; fue una crisis que representó el fin de los ciclos naturales y *por primera vez* dio vía libre a un progreso histórico, cuyo final no se puede todavía prever”. En dicho escenario hizo su entrada la francesa *Constitución del cuatro de noviembre de 1848, adoptada por la Asamblea Nacional conforme al artículo 6 del decreto de 28 de octubre de 1848, proclamada en presencia de Dios y en nombre del pueblo francés*”, asomándose a un porvenir tan incierto como casi siempre sabe serlo el futuro, incurablemente enigmático.